

en Filadelfia, Nueva-York, Boston, Baltimore, y demás capitales: todas las brigadas del ejército americano la recibieron con aclamación; resonaron de fortaleza en fortaleza salvas de artillería de trece cañonazos, en honor de los trece estados que formaban la nueva confederación, las que fueron repetidas por todas las baterías de los varios puntos de la costa. De este modo estalló en todas partes la ruptura de todos los antiguos lazos con la Inglaterra, y las enérgicas resoluciones del congreso, sus levas de tropas y todos sus preparativos de defensa, atestiguaban lo bastante que al tomar esta medida irrevocable había previsto y aceptado todos los riesgos que traía consigo.

LIBRO OCTAVO.

DESEMBARCO DE LOS INGLESES EN LONG-ISLAND. BATALLA DE BROOKLYN. FIRMEZA DEL CONGRESO. AUMENTO Y ORGANIZACION DE LAS TROPAS DE TIERRA. ARMAMENTOS MARÍTIMOS. ENVIO DE UN MENSAJE A FRANCIA. DISPOSICIONES DE ESTA POTENCIA CON RESPECTO A LOS AMERICANOS. CONTINUACION DE LAS OPERACIONES DE LA GUERRA EN LAS DOS RIBERAS DEL HUDSON HACIA EL LAGO CHAMPLAIN Y A ORILLAS DEL DELAWARE. ACCIONES DE TRENTON Y PRINCETON. FIN DE LA CAMPAÑA EN NUEVA-JERSEY.

Aunque desde el origen del congreso la independencia americana era el fin á que tendían la mayor parte de sus miembros, no obstante esta gran medida había sido preparada por mucho tiempo antes de ponerse en ejecución. Por espacio de dos años dejaron fomentarse el proyecto que tenían concebido, para que difiriendo su decisión fuese más vivamente deseado; así es que cuando finalmente fué adoptado por el congreso, no pareció sino dictado por la opinión pública.

La gravedad de los peligros que á la sazón amagaban á los Estados-Unidos exijian de su parte una nueva

energía: la Gran Bretaña había reunido sus fuerzas para someterlos, é iba á caer sobre un país en que podía hallar muchos partidarios, esperando por otra parte obtener fáciles ventajas oponiendo tropas aguerridas á cuerpos de milicias y voluntarios formados apresuradamente. La evacuación de Boston por las tropas británicas, en vez de debilitarlas, no había hecho más que cambiar el teatro de la guerra. Estas tropas que por mucho tiempo habían estado á la defensiva, tenían que vengar una reciente desgracia, y á su vez iban á tomar la ofensiva; y los poderosos refuerzos que habían recibido, con las escuadras que tenían á su disposición, les permitían presentarse doquier con la superioridad de las armas, de la disciplina y del número.

Consideróse que un ataque hacia el centro de las colonias inglesas sería el medio más seguro para desunir las fuerzas americanas, reunir en torno de sí á los parciales de la causa real, que podían llegar de varios puntos, y poner el ejército en comunicación con las tropas del Canadá y con las naciones indias cuya cooperación se prometían. En consecuencia dirijieron los Ingleses su expedición hacia el estado de Nueva-York (véase la lámina 259).

La ciudad de Nueva-York está situada al extremo meridional de una isla de este nombre, que se prolonga de Norte á Sur entre el Hudson y el río del Este. Por las aguas del Hudson se penetra en las partes septentrionales de la colonia. La boca del río Este separa á Nueva-York de la villa de Brooklyn, y como es bastante angosta para que la artillería pueda pasar á brecha de una á otra orilla, la ocupación de este puesto avanzado es de suma utilidad para la defensa de la plaza. Washington hizo pasar á Brooklyn un cuerpo de doce mil hombres mandado por el general Putnam; y esta posición fué cubierta por una línea de atrincheramientos que se extendía desde la bahía de Wallabonel hasta unos profundos marjales que hay inmediatos á la ensenada de Gowanus.

La isla del gobernador, situada al medio día de Nueva-York, cubriendo sus avenidas, estaba ocupada por un cuerpo de dos mil hombres, y además se colocó otro destacamento en la orilla occidental del Hudson, en Powles Hook, que domina la entrada de este río.

Ya no les era dado á los Americanos fortificar posiciones más adelantadas hacia el mar, porque una escuadra inglesa surta en la bahía dominaba los *Narrows*, ó estrecho que forma su entrada, y podía en ambas orillas de este paso mantener libres comunicaciones con Staten-Island por una parte y Long-Island por otra; otras escuadras conducían sobre el mismo punto varios cuerpos de ejército, que finalmente ascendieron hasta veinte y cinco mil hombres, cuya mitad se componía de las tropas de Hesse y Brunswick.

El 28 de junio de 1776 se verificó el primer desembarco en Sandy-Hook, punta de tierra avanzada que pertenece al estado de Nueva-Jersey y que se presenta al aproximarse á la bahía de Nueva-York. El dos de julio las tropas tomaron tierra en Staten-Island; la escuadra estaba mandada por el almirante Howe, y el ejército por el general su hermano, combinándose con perfecta armonía las operaciones de mar y tierra. Los Ingleses hallaron en los parajes donde desembarcaron muchos socorros de víveres y provisiones, pareciéndoles que los habitantes estaban animados de las disposiciones más favorables, y persuadiéndose el general Howe que esta opinión era general, que el imponente aparato de sus fuerzas intimidaría á los sublevados, y que si se les daba esperanza de indulto podrían tal vez someterse. Venía autorizado por el gobierno británico para ofrecer amnistías y prometer *la paz del rey* á las provincias y ciudades que abandonarían la causa de los rebeldes. Esta promesa fué publicada en todas partes, exajerándose al mismo tiempo la fuerza que iba á desplegar la Inglaterra. Los ánimos apocados estaban indecisos, temiendo agravar con la guerra las desgracias de su patria;

y viendo el general Howe que tomaba cuerpo esta opinión, manifestó deseos de tratar con el mismo Washington para arreglar un acomodamiento entre los dos países. Pero al escribirle no hacía mención de su carácter público, y la carta iba dirigida simplemente á Mr. Jorje Washington; por lo que el general americano se negó á recibirla diciendo que como particular no tenía que seguir correspondencia alguna con el jefe del ejército enemigo, y que en sus relaciones oficiales debía reclamar el título que el congreso de los Estados-Unidos le había conferido: su misión no podía ser equívoca, y por lo mismo no quería que se aparentase desconocer la autoridad de quien emanaban sus poderes; y esto no por efecto de susceptibilidad ó pique de etiqueta, sino para sostener por deber y entereza una cuestión de derecho y dignidad. Entónces el general inglés envió á Washington un ayudante de campo para hacerle algunas esplicaciones insuficientes y manifestarle el deseo de hacer un acomodamiento; pero esta entrevista no tuvo ningún resultado: Washington contestó que no estaba autorizado para negociar, y que por otra parte estrañaba que se quisiese tratar como culpables á los Americanos, ofreciéndoles una amnistía que no podía apropiarse á hombres irrepreensibles y decididos á defender su patria hasta la muerte. Frustradas estas primeras jestionnes del general Howe, ya no quedó más arbitrio que resolver esta gran cuestión con las armas, que es el postrer argumento de los reyes y naciones.

El general Howe tenía intención de dar principio á sus operaciones militares en Long-Island, cuya isla le ofrecía todos los recursos necesarios para la subsistencia de su ejército, al paso que le ponía en comunicación con el Connecticut, Nueva-York y Nueva-Jersey, y le facilitaba escoger los puntos de agresión.

El 22 de agosto de 1776 desembarcó el ejército británico en la playa occidental de Long-Island, entre las villas de Gravesend, y de Utrech,

y prosiguió su marcha hácia el vertiente meridional de las alturas de Guant, que le separaban del ejército americano. Los principales pasos de esta sierra estaban guardados, al centro por el jeneral Sullivan, á derecha por los jenerales Parsons y Stirling, y á izquierda por el coronel Miles.

Habiendo resuelto los Ingleses atacar estos tres puntos, para dirigirse en seguida sobre el campo atrincherado que el jeneral Putnam ocupaba en Brooklyn, repartieron igualmente su ejército en tres divisiones: la del centro estaba á las órdenes del jeneral Heister; el jeneral Grant mandaba la izquierda, y el ala derecha, que era la mas numerosa, se componia de tres cuerpos conducidos por Clinton, Percy y Cornwallis. El principal ataque estaba reservado á esta última division; á cuyo frente se hallaba el mismo jeneral Howe, el cual procuró ocultar sus movimientos, y mientras que Heister, que mandaba los Hesseses, y Grant, á la cabeza de un cuerpo británico, empeñaban la accion contra las tropas que tenian de frente, el ala derecha, formada en columna, proseguia su marcha por las alturas, dirigiéndose hácia los mas distantes pasos, que eran los mas fáciles y estaban mas débilmente guardados. Llegó con muy poca resistencia á la espalda septentrional de la elevada sierra que habia atravesado, y despues de haber dejado á retaguardia la posicion del ala izquierda americana, que no tardó en ser dispersada, fué á atacar de flanco las tropas del centro, mandadas por Sullivan, ya vivamente acosadas por el jeneral Heister. Agobiados los Americanos por el número, quisieron replegarse hácia el campo de Brooklyn; pero ya tenian cortada la retirada por otras tropas inglesas que Clinton en el entretanto habia hecho avanzar rápidamente, de modo que se hallaron envueltos por todas partes, y queriendo abrirse paso sufrieron una pérdida de consideracion. El ala derecha de los Americanos aun defendia valerosamente sus posiciones contra el jeneral Grant; pero no

tardó en ser embestida por las tropas británicas que habian arrollado el centro, y además tenia que sufrir el fuego de flanco de la artillería de algunos buques ingleses apostados cerca de la costa; y no pudiendo ya resistir mas, tuvo que retirarse con pérdida de mucha jente, causada tanto por el fuego del enemigo como por los marjales que la separaban del campamento.

El jeneral Howe debió su victoria á la habilidad de sus maniobras, no habiendo perdido en esta batalla mas que cuatrocientos hombres, al paso que los Americanos perdieron mas de tres mil. Las disposiciones que habia tomado Sullivan para disputar el paso de las alturas no habian sido observadas puntualmente, y esta falta de ejecucion, aunque parcial, trastornó el conjunto de la defensa. Las dos alas no tuvieron comunicacion alguna con el cuerpo principal, y reducidos los Americanos á combatir aisladamente en diferentes puntos, sin conocer el verdadero peligro unos de otros, se hallaron privados de los medios de prestarse mutuos socorros. Tan pronto como su derecha hubo sido arrollada, el enemigo pudo atacar con sus fuerzas reunidas cada uno de los otros dos cuerpos. Sullivan, á pesar de haberse defendido con valor, no pudo lograr la muerte, sino que fué del número de los prisioneros.

Despues de una victoria tan decisiva, el jeneral Howe se dirigió rápidamente hácia el campo atrincherado de Brooklyn; pero halló esta posicion guardada por otras tropas americanas que no habian tomado parte en la accion. Washington acababa de llegar allí, y si la derrota no hubiese sido tan completa hubiera probado de cambiar la suerte de la jornada; pero fueron tan rápidos los progresos del enemigo que ya no era fácil contrarrestar su fortuna. El jeneral americano no quiso esponer á una inevitable ruina los cuerpos que podian un dia servirle para reparar sus pérdidas; y conociendo por otra parte que despues de aquella derrota no era fácil conservar la posicion de Brooklyn, reunió un

consejo de guerra, que fué de su misma opinion, y dos dias despues de la batalla se efectuó con órden la retirada, en la noche del 29 de agosto. Washington hizo trasportar á Nueva-York la artillería, los bagajes, las municiones y las tropas, y despues de haber cuidado de la salvacion de todos se embarcó él en último lugar.

Algunos dias despues se evacuó la isla del gobernador, por ser ya inútil su conservacion, pues este apostadero ya no podia defender las avenidas del puerto despues que se habian perdido las posiciones de la playa de Long-Island.

El comandante de las fuerzas británicas creyó entónces poder renovar con mas confianza la proposicion de un convenio, á cuyo fin hizo manifestar al congreso el deseo de tener una entrevista con algunos de sus miembros; el mensaje y la respuesta fueron encargados al jeneral Sullivan: honrosa mision para un prisionero de guerra, que quedando momentáneamente libre bajo su palabra, merecia bastante confianza de amigos y enemigos para ser su mutuo intérprete en circunstancias tan graves. El congreso envió al jeneral Howe los tres diputados Franklin, John Adams, y Rutledge, cuya conferencia tuvo lugar el 11 de setiembre en la orilla meridional de Staten-Island; pero sin ningun resultado, porque las bases propuestas por una y otra parte eran muy diferentes: el jeneral inglés no prometia la revocacion de los actos de su gobierno hasta que las colonias estuviesen sometidas; y habiendo declarado los diputados americanos que los Estados-Unidos jamas volverian al dominio de Inglaterra, quedaron rotas las conferencias.

¿Cuál era el principio de su confianza y enerjía, y cuáles los recursos de que podia disponer? Estas cuestiones son dignas de ser dilucidadas, y su exámen nos conducirá á reconocer ese espíritu de vida y de fuerza que animó desde su orijen la federacion americana, que la sostuvo en medio de las crisis mas

arduas, y finalmente que aseguró su triunfo.

Entre los hombres que se ocupan constantemente de la suerte de su país, se encuentran un corto número de ánimo superior que parecen nacidos para influir en su destino; observan los movimientos progresivos de la opinion; siguen, cuando es menester, caminos opuestos á los abiertos y trillados desde muchos siglos, y miran el perfeccionamiento de las instituciones humanas como el asunto mas digno de sus meditaciones. En el congreso de los Estados-Unidos brillaron algunos de esos hombres sobresalientes, los cuales abarcando en su vasta intelijencia los intereses de todo un pueblo, midieron el alcance de sus fuerzas, quisieron allanarle toda clase de estorbos y llamaron una nacion á la existencia. Estos hombres debian merecer la confianza de una asamblea, dispuesta á sacrificarse por la causa pública: acojiéronse unánimemente las ideas y esperanzas que habia concebido su injenio; ninguna amenaza ni obstáculo fué capaz para intimidarla ó arredrarla; y una vez jurada la independencia, el congreso se mantuvo fiel á su promesa. Todo lo habia de crear para el sosten de una causa tan grande: las milicias coloniales ya no eran suficientes para defender un país atacado por tropas regulares y disciplinadas; muchas de ellas tenian que procurarse por sí solas el armamento y equipo; los fusiles eran de diferentes calibres, y muchos hombres no tenian ninguno: faltaban municiones, uniformes y efectos de campamento; la artillería estaba mal servida; los convoyes y las administraciones de abastos estaban sin organizar, y no podia suplirse su servicio por medio de empresas particulares. Asi es, que continuamente estaban espuestas las tropas á las mayores privaciones, luego que habian terminado una campaña, solo aspiraban volver á las pacíficas ocupaciones de la vida privada, juzgando ya cumplidos sus deberes militares.

Con el fin de tener tropas regularmente disponibles, se formaron

cuerpos de voluntarios que se alistaban por mas tiempo; á los que se dió armamento y se les aseguró un sueldo fijo; pero si se dilataban las expediciones para las cuales esos hombres se habian alistado, ó bien si tenian que hacer varias campañas, ya hacian amenazas de abandonar el servicio. Hubo muchos ejemplos de estas retiradas imprevistas durante el largo sitio de Boston y en la guerra de invasion dirigida contra el Canadá; y mas de una vez hubieron de temer los generales la disolucion de sus ejércitos, ya sea por efecto de esta indisciplina ya por haber cumplido el tiempo legal de los enganches.

En circunstancias tan árduas y á fuerza de verse aumentar diariamente los peligros, conocióse por fin que era insuficiente el alistar voluntarios para una sola expedicion. Las hostilidades ya no eran locales y temporáneas, pues la guerra era ya jeneral y continua; era preciso poder contar con hombres que se obligasen á servir hasta la conclusion de la guerra, pero esta época era muy incierta y lejana, y habia muy poca disposicion para comprometerse por tanto tiempo. El espíritu é interés de localidad se habia opuesto igualmente á la formacion de un ejército nacional. Los habitantes de una provincia estaban prontos á defenderla si era directamente amenazada, pero no sabian convencerse que debian prestar igual apoyo á los países vecinos, que solo podian ser fuertes por su union, y que aislando su defensa ponian en peligro la confederacion entera.

El congreso resolvió remediar la causa de semejante desorganizacion é impotencia, mandando la formacion de un ejército de tropas de línea, para el cual cada estado aprontaria su contingente, que se compondria de ochenta y cuatro batallones. Estos alistamientos debian durar hasta la conclusion de la guerra: se aseguraron recompensar á los hombres que hubiesen defendido su país, prometiendo para despues de hecha la paz una concesion de tier-

ra á cada uno, proporcionada á su grado.

La situacion de la marina habia tambien llamado la solicitud del congreso, y ya desde el principio de las hostilidades se habia dado impulso á los armamentos. La colonia de Massachusetts fué la primera que se ocupó de ellos; pues como los obstáculos que la Inglaterra opuso á su comercio y á sus pesquerías habian quitado á los marinos los medios de subsistencia, se procuraron otros atacando los buques ingleses en las aguas de la Acadia, Terranova, las Antillas y hasta la Gran-Bretaña. De este modo sustituyeron los lucros del corso á los del comercio: la actividad y audacia de los marinos les hacian á propósito para esta profesion arriesgada; y si unos eran incitados por el atractivo de las riquezas, otros, mas ansiosos de ser útiles á su país, se dedicaban á interceptar los convoyes de armas y municiones destinadas al enemigo. Mientras duró el bloqueo de Boston, procuraron aislar en este puerto la guarnicion inglesa, apresar todos los socorros que podian llegarle por mar y reducirla á la carestia, al mismo tiempo que las tropas de tierra la privaban de los recursos del continente é iban prosiguiendo los trabajos de sitio.

Estos armamentos en corso se multiplicaron en todos los puertos á medida que se fué experimentando la interrupcion del comercio. Proporcionaban á los marinos ocasion de distinguirse, y les inspiraban una noble emulacion, un sentimiento nacional y patriótico y el deseo de buscar la gloria vengando las injurias de su patria. Vióse repetidas veces á los corsarios americanos atacar buques de fuerza superior y tomarlos al abordaje; otras veces se apostaban en emboscada, escondidos en algunas calas de la costa, y se precipitaban de improviso, cual aves de rapiña, sobre el enemigo que pasaba á su alcance; evitaban el encuentro de las grandes escuadras, pero sorprendian los barcos de convoy que los vientos ó las corrientes

descarriaban; y cuando tenian que librarse de un enemigo demasiado poderoso, buscaban el abrigo de las costas, y hallaban fácilmente refugio tanto por entre los archipiélagos que guarnecen una parte de la costa, como en las ensenadas y rincones que no tienen bastante fondo para dar entrada á los buques de guerra.

No hay comarca marítima mas á propósito que la de los Estados-Unidos de América para desarrollar las inclinaciones y los hábitos de los marinos. Una poblacion acostumbrada desde la niñez á la vista del Océano, y esparramada en un inmenso litoral cortado por infinidad de rios navegables, consideran como patrimonio suyo tanto el mar como la tierra. Sus construcciones navales forman parte de sus habitaciones, pues se halla dividida en familias sedentarias y viajeras, de las cuales unas cultivan la tierra y se dedican á la fabricacion, y las otras entregando su vida aventurera al curso de los grandes rios, á las profundas bahías, y al inmenso Océano, circulan de un paraje á otro, establecen en tiempo de paz relaciones de comercio entre las naciones, y ensanchan en tiempo de guerra el teatro de sus hostilidades.

Este jenio emprendedor y valeroso existia en todas las colonias, y de él se aprovechó el congreso para dar principio al establecimiento de una marina necesaria para la defensa de las costas. En el mes de febrero de 1776, una escuadra americana de dos fragatas, tres corvetas y trece lanchas cañoneras salió del Delaware á las órdenes de Hopkins para una expedicion al archipiélago de las Lucayas, se apoderó de un gran depósito de artillería, balas y pólvora que tenian los ingleses en la isla Providencia, y despues de haber tenido algun encuentro en el mar con el enemigo condujo felizmente su presa á New-London en el Connecticut. Otros combates honrosos tuvieron lugar hácia las costas de Massachusetts; y en los frecuentes encuentros particulares entre buques armados, casi siempre triunfó la intrepidez americana.

Hasta entónces los armamentos en corso tan solo habian sido impulsados por los gobiernos de cada estado; pero de repente recibieron el estímulo de una autoridad superior. El congreso regularizó este servicio, y dirigió el 10 de abril del mismo año una instruccion á todos los comandantes de buques de guerra y barcos armados en corso, en virtud de la cual les autorizaba para capturar todas las embarcaciones británicas, á escepcion de las que trasportasen á las colonias, armas y municiones, destinadas para su defensa, ó pasajeros con intencion de establecerse en ellas. Mandóse igualmente capturar todos los trasportes con armas, soldados ó efectos de guerra, cualquiera que fuese su pavellon, destinados á los ejércitos ingleses existentes en América, creándose tribunales para pronunciar sobre la legitimidad de las presas.

Estas medidas eran en represalias de las que habia tomado el gobierno británico, cuando, á mas de prohibir toda relacion de comercio con las colonias de América mientras durase la insurreccion, declaró que toda embarcacion perteneciente á los habitantes de estas colonias, y empleada en su comercio, seria considerada como enemiga, capturada, y condenada como de buena presa por los tribunales del almirantazgo.

De este modo se oponian mutuamente los dos países sus fuerzas navales; pero no habia entre ellas equilibrio, y cualesquiera que fuesen los daños ocasionados, el imperio del mar quedaba á favor de las escuadras británicas. Una marina nacional no podia estorbar sus operaciones principales, ni contrariar los desembarcos de tropas que les era fácil verificar sucesivamente en varios puntos. Esta superioridad marítima esponia á peligros imprevistos todas las partes de una costa inmensa, teniendo el enemigo la ventaja de poderse dirigir con sus fuerzas reunidas á los puntos mas débiles y accesibles; y para defenderlos era preciso desarmar repentinamente otras provincias, cansar con penosas marchas las tropas de

tierra destinadas á rechazar estas agresiones, necesitándose la mayor habilidad en las maniobras para tan larga serie de expediciones por aquellas vastísimas comarcas.

Después de la batalla de Brooklyn y la retirada de las tropas americanas que ocupaban este campo atrincherado, el objeto principal del general Howe fué el de apoderarse de Nueva-York, de que solo le separaba el río del Este. Para asegurar el éxito de la empresa, quiso primero establecerse al norte de la plaza y hacia el centro de la isla en que está situada. Todos los movimientos de la escuadra y del ejército de los ingleses se dirigieron hacia aquel punto: unos buques subieron por el Hudson, otros por el río Este, metiéndose otros muchos en el canal que une este río con el estrecho de Long-Island, y el 15 de setiembre se verificó un desembarco en la costa oriental de la isla de Nueva-York.

Washington había penetrado los proyectos del general Howe, pero no tenía fuerzas suficientes para oponerse á semejante invasión; y como esta debía tener por resultado el bloqueo de la plaza, creyó necesario retirar su guarnición con el fin de no debilitar con un grueso destacamento el cuerpo de tropas con que iba á hacer la campaña. Mandó reunir un consejo de guerra, y habiendo éste resuelto la evacuación de Nueva-York, la guarnición se replegó hacia el norte; el general Putnam que dirigió esta retirada, la ejecutó con el mejor éxito en el acto mismo en que las tropas inglesas, que habían desembarcado á algunas millas de distancia, principiaban á derramarse por el centro de la isla é iban á cortar todas las comunicaciones. Los ingleses ocuparon inmediatamente á Nueva-York, y tanto las tropas inglesas como americanas se hallaron acantonadas en las demás partes de la isla. Su proximidad dió lugar por espacio de un mes á infinitas escaramuzas, modo de pelear mas á propósito que las batallas campales para unos cuerpos de guerrilleros, poco acostumbrados á las grandes evoluciones, aunque ejercitados en el

manejo de las armas de fuego y hábiles en sacar partido de las desigualdades del terreno. Estas pequeñas acciones, en que los americanos obtuvieron algunas ventajas, contribuían á disipar los malos efectos que produjo el primer descalabro. Sin embargo otras causas promovían la disminución y dislocación de su ejército, consistiendo en el vicio primitivo de su organización, en el poco tiempo que duraban los alistamientos y en el poco sufrimiento del trabajo y la fatiga en una estación que iba á ser tanto mas rigurosa cuanto las diarias operaciones de la guerra tendían á dirigirla hacia el norte.

Efectivamente, el general Howe tenía intención de dirigirse con las principales fuerzas hacia las tierras altas que separan de Norte á Sur las cuencas del Hudson y del Connecticut. Quería con esta maniobra cortar las comunicaciones de los americanos con las varias comarcas de la Nueva-Inglaterra; de donde podían recibir socorros de hombres, víveres y municiones; y confiaba por otra parte obligarles á evacuar enteramente la isla de Nueva-York, llevando por objeto atraerles hacia el punto que él ocupaba, y hacerles empeñar una acción en campo raso.

Washington observaba cuidadosamente todos los movimientos de las tropas británicas, y supo siempre frustrar los planes de su adversario. Un mes se pasó en que uno y otro limitaron sus operaciones á marchas inteligentes, tratando cada uno de escoger buenas posiciones, evitar una sorpresa y no abandonarse al capricho de la suerte. Washington fué ocupando sucesivamente varios apostaderos atrincherados; y por mas que el general Howe le encontraba siempre á su frente, jamás pudo forzarle á una batalla decisiva, contra un ejército que á la sazón era mucho mas numeroso que el de los americanos.

A medida que la defensa de los territorios invadidos ofrecía mas dificultades, y que la guerra iba tomando mayor ensanche, el congre-

so conocía mas y mas la necesidad de unir con vínculos mas fuertes todos los miembros de la confederación americana, y tal fué el objeto de una revolución que tomó en 4 de octubre de 1776, y que sometió á la aprobación de todos los gobiernos particulares, cuyas cláusulas estuvieron en observancia mientras duró la guerra, sin que sufriesen modificación hasta después de muchos años de hecha la paz.

En virtud de aquel acta se obligaban los trece Estados-Unidos á rechazar en comun todos los ataques que se les dirigieren por causa de religión, soberanía, comercio, ú otro pretexto cualquiera. Reservábase cada uno el derecho de arreglar su legislación y su administración particular; y ninguno podía concluir tratados sin el consentimiento del congreso, ya fuese con otros miembros de la confederación, ya con las potencias extranjeras. Al congreso correspondía determinar el número de tropas y de buques de guerra que cada estado podía tener en tiempo de paz. Cada uno debía contribuir para la formación de un tesoro comun destinado á cubrir los gastos generales. Ninguno podía empeñarse en guerra alguna sin el consentimiento del congreso, á menos que su territorio fuese invadido, ó que estuviese amenazado de un ataque inmediato de los indios. Solo el congreso tenía derecho de hacer la paz ó la guerra, dar credenciales, establecer tribunales para juzgar las presas, enviar y recibir embajadores, hacer tratados de alianza, deslindar los confines, acuñar moneda, fijar los pesos y medidas, arreglar el comercio y todas las relaciones con los Indios, proveer los principales destinos civiles y militares y organizar la administración y los varios servicios del ejército. Tenía el derecho de nombrar un consejo de estado para el despacho de los negocios, contratar empréstitos, crear billetes de crédito y pedir á cada estado un contingente de tropas proporcionado á su población blanca. Si el Canadá deseaba unirse á la confederación, debía ser admitida; y

ninguna otra colonia podía ser agregada sin el consentimiento de nueve estados.

Los Americanos, al paso que se liberaron acerca los medios de defensa que podían hallar en sus propios recursos, y en el concurso de todos los confederados, volvieron al mismo tiempo la vista hacia las potencias extranjeras que podían interesarse en su causa, y de que podían esperar algun socorro. Mientras habían conservado alguna esperanza de acomodamiento con la metrópoli, no habían tratado de buscar ningun apoyo extranjero, antes contenidos por sus vínculos con la antigua patria, no querían ellos ser los fautores de una guerra entre ella y las demás naciones; pero cuando la Inglaterra prohibió toda expedición de armas, municiones y efectos militares con destino á las colonias insurreccionadas, estas recurrieron á los abastos que podía procurarles el comercio extranjero; los puertos de América fueron abiertos á todos los pavellones; dióse especial estímulo á todas las importaciones útiles á la guerra y á la marina, y Silas Deane fué enviado á Francia como agente americano para facilitar esta clase de socorros. Halló negociantes dispuestos á favorecer sus proyectos, los cuales no tardaron en preparar expediciones para aquella vasta comarca, que por tanto tiempo les tuvo vedado el sistema colonial de Inglaterra. El espíritu de rivalidad que reinaba entonces en el comercio fué causa que se emprendiesen especulaciones mas en grande, arrojando los peligros á que los armamentos marítimos de Inglaterra esponían los buques enviados á América; pero aunque fuesen capturados algunos cargamentos, los beneficios de los demás indemnizaban suficientemente de las pérdidas que se sufrían.

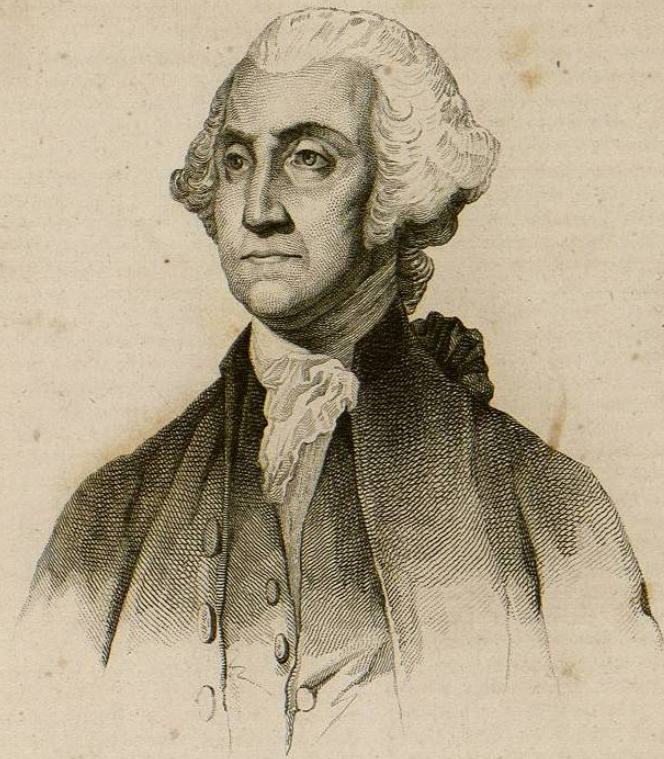
Acababa de abrirse un vasto campo, no tan solo al espíritu del comercio, sino tambien al valor; y después que la América había estado recibiendo por mucho tiempo cultivadores europeos, ahora estaba interesada en dar favorable acogida á todos los hombres arrojados que

quisieron contribuir á su defensa. Muchos Franceses deseaban participar de ella: el espíritu militar de esta nacion tenia allí nuevo pábulo para alimentar su pasion á la gloria; habian pasado doce años de paz, y no estaban los Franceses acostumbrados á treguas tan largas. A consecuencia de las grandes reformas que se habian hecho en el ejército, quedaba sin empleo el celo y valor de aquellos guerreros; así es que en 1775, muchos oficiales franceses fueron á ofrecer sus servicios al congreso mientras duraba el sitio de Boston, y otros le siguieron inmediatamente. Entre los que se presentaron ya en el principio de la guerra, debemos citar la Roche de Fermoy, que fué ascendido al grado de brigadier jeneral, Du Portail y Du Plessis-Mauduit, ingenieros distinguidos, cuya arma ha tenido siempre en Francia justa celebridad.

Los primeros Franceses que se pusieron al servicio de América no hicieron mas que seguir un movimiento espontaneo, sin que el gobierno hubiese influido en su resolucion, limitándose á conceder á unos hombres ansiosos de gloria militar la libertad de buscar fuera de su pais ocasiones para ilustrarse con hechos de armas: así, en 1770, habian ido voluntarios franceses á servir en las filas de los confederados polacos que peleaban por la independenciam de su patria. Al paso que un cierto número de Franceses habian ido á buscar servicio militar lejos de su tierra, eligiendo por sí las banderas que mejor les acomodaban, el gobierno, que daba libre curso á sus inclinaciones, seguia conservando la neutralidad: hasta entónces, ningun rompimiento habia habido entre él y la Inglaterra, y esta situacion le imponia una reserva que observaba con prudencia; pero iba siguiendo con la vista la marcha de los sucesos; vió romperse los lazos de la Inglaterra con los Estados Unidos, y, sin calificar los derechos que estos tuviesen á la independenciam, mirábala como proclamada, y quizás irrevocablemente. Los Americanos se constituian en nacion; y cuando el con-

greso hubo manifestado públicamente el designio de entrar en negociaciones con la Francia, y dado este encargo á los comisionados Franklin, Henri Lee y Silas Deane, ya le eran bastante conocidas las disposiciones de Francia para poderse prometer que se interesaria en el buen éxito de su causa.

Franklin, que salió de Filadelfia el 28 de octubre de 1776, llegó al cabo de un mes á la rada de Quiberon, desde donde pasó á Nantes y luego á Paris; este venerable septuagenario iba acompañado de sus dos nietos. La acogida que se le dió en todas partes era á la vez un obsequio á su mérito personal y un testimonio de interés á favor de los Americanos. Concentrado Franklin en la sencillez de su vida habitual, no anduvo tras ruidosas aclamaciones; y ya en los primeros dias de su llegada á la capital se retiró á Passy con su familia, evitando ostentar un carácter público antes de saber si el gobierno francés estaba dispuesto á reconocer los comisionados americanos y tratar con ellos; y aunque las benévolas atenciones que tuvo con él el conde de Vergennes, entónces ministro de negocios estranjeros, no pareciesen dirigidas mas que á su persona, este trato particular le proporcionó ocasion de desempeñar con habilidad y buen éxito la importante mision que tenia confiada. Todo parecia contribuir al logro de sus deseos: la causa de los Americanos se habia hecho popular en Francia; en todas partes se deseaba su triunfo, y esta tendencia de la opinion pública dimanaba de causas harto poderosas para que fuese posible desviarlas ó neutralizarlas. En aquella época todos se ocupaban de cuestiones de orden social y economia política, de la obligacion de los gobiernos y de los intereses de los pueblos. A mediados del siglo habia visto la luz pública el Espíritu de las leyes: habíanse analizado los principios de la riqueza de las naciones, los del Contrato social, de la lejislacion civil y criminal; en la historia se mezclaban lecciones de mayor interés, y en las discusiones mas gra-



Vernier del

Lemaitre del

Delatre del

WASHINGTON.

Washington.